

MARIE OF TRINITA

OF ANGOISS À TA PAIX

AVISO LEGAL

Éditions Arfuyen publicó una primera edición de este documento en 2003¹. Fue todo un acontecimiento. Desde su publicación, suscitó y sigue suscitando el interés de numerosas personas, en particular psicoanalistas y psicólogos, debido al encuentro y los vínculos del autor con Jacques Lacan.

En los archivos de Marie de la Trinité, este texto, titulado *De l'angoisse à la paix (De la angustia a la paz)*, se encuentra mecanografiado en varios ejemplares; se presenta así: en papel, en formato A5, con la particularidad de incluir, además de las 18 hojas iniciales, numeradas del 1 al 18, 6 hojas adicionales, numeradas del 9b al 9g, entre las páginas 9 y 10.

Esta particularidad nos incitó a profundizar en las condiciones en las que se produjo este texto, en el que la dominicana relata el episodio de hospitalización psiquiátrica al que se había sometido voluntariamente para escapar de sus obsesiones, y cómo se recuperó posteriormente de ellas.

La investigación que hemos llevado a cabo nos ha permitido situar los distintos periodos de escritura y contextualizarlos. Creemos que el texto final fue entregado a Lacan en 1956 o 1957 como un trabajo de estudiante para el que había pedido a Sor Marie que actuara como su asesora.

¹Reeditado en 2020

INTRODUCCIÓN

PRESENTACIÓN DEL DOCUMENTO

El domingo 22 de marzo de 1953, Marie de la Trinité fue ingresada en la sala del doctor Ey, en el hospital psiquiátrico de Bonneval, en la región francesa de Eure. Esta decisión había sido precedida por un encuentro con el doctor Ey el 19 de diciembre de 1952. El Dr. Lacan no era favorable a esta solución. Quizá por eso la cita para la sesión del 18 de diciembre -la víspera- fue "bruscamente aplazada".

La correspondencia con la Mère Saint-Jean² es la primera fuente de información sobre este período de hospitalización (antes y después). Marie de la Trinité escribe a su superiora los días 26, 27 y 29 de marzo, y después los días 3, 10, 13, 28 y 29 de abril de 1953, es decir, ocho veces en un mes. Dejó Bonneval el sábado 2 de mayo y regresó a su casa de la calle de la Pompe en París, desde donde escribió a la Madre Saint-Jean el 3 de mayo.

Entre el 22 de marzo y el 2 de mayo, Marie de la Trinité permanece 41 días en el hospital. Todas las mañanas le administran insulina y una vez electronarcosis. El resto del tiempo, trabajó en la preparación del Capítulo General de las Dominicas Misioneras del Campo, que se celebraría en 1955. Además de las cartas a la Madre Saint-Jean, escribe extensas cartas al Padre Motte (3), al Doctor Lacan (1) y al Doctor Nodet (1). Copia artículos para el doctor Ey. Salía: iba a la peluquería a hacerse la permanente; un sábado por la tarde, asistía a un curso de psicología que el doctor impartía a las enfermeras; el Domingo de Ramos, iba a misa en la parroquia; durante la semana, asistía a la misa de las 6.30 en la capilla del hospital con las hermanas.

Su carta a la Madre Saint-Jean del 10 de abril estaba llena de planes: compraría un Citroën 2CV para los viajes de la Superiora; irían de excursión a las abadías... También pensaba comprar un "nardigraphe", precursor de la fotocopiadora, para reproducir textos...

En cuanto a la cura de sueño, precisa que será el lunes 13 de abril por la noche, después de una serie de exámenes, cuando entrará en "Dormición" (como la Madre Saint Jean llamaba a la cura de sueño), durante un mínimo de 15 días y un máximo de 30 días.

El lunes 13 de abril, dos horas antes de la "Dormición", mostró a la Madre Saint-Jean un pasaje del profeta Ezequiel que acababa de meditar (caps. 10 y 11), en el que se mencionan las ruedas de los querubines, que se mueven en las cuatro direcciones, yendo hacia la cabeza y sin apartarse. María de la Trinidad leyó el Libro de Ezequiel en la Biblia durante 1952 y 1953, hasta la noche anterior a su cura de sueño. Antes leyó el Cantar de los Cantares.

²cf. Mère Saint-Jean - Marie de la Trinité, *"Les deux oliviers"*. Correspondance III, 14 de enero de 1951 - 31 de marzo de 1969, París, Editions du Cerf, 2016.

La correspondencia con el padre Motte, durante este periodo de hospitalización, consta de tres cartas fechadas el 24 de marzo, el 12 y el 13 de abril de 1953. En la carta del 24 de marzo³, vuelve una y otra vez sobre lo que le obsesionaba del comportamiento del Padre Motte hacia ella. Durante nueve años (24-25 de marzo de 1944), su vida "se había cortado en dos"... por culpa de su director, pensaba; el resultado fue el resurgimiento de obsesiones, que repasaba meticulosamente, como las acusaciones contra la autoridad abusiva de los clérigos.

La larguísima carta del 12 de abril repetía una y otra vez la dolorosa queja que no podía contener y que debía verter sin cesar, lo que resultaba agotador para ella y para el padre Motte.

El 13 de abril, antes de la "Dormición", con el temor de no despertar, escribió al Padre Motte que le había perdonado todo. Reza por él y pide a Dios su luz para que por fin se dé cuenta de todo el mal que le ha hecho.

En cuanto a su correspondencia con el Dr. Lacan y el Dr. Nodet, les escribe el 12 de abril para darles noticias de su tratamiento y de su estado. Desea que Lacan hable con Ey, a quien dice no ver nunca. A Nodet le escribe que el Dr. Ey le ha prestado *los Etudes Carmélitaines* en los que había leído su artículo sobre *La Puissance et la Gloire*⁽⁴⁾.

Esta correspondencia -de la que acabamos de hablar- tuvo lugar durante la primera parte de la hospitalización de Marie de la Trinité, el período comprendido entre el 22 de marzo y el 13 de abril de 1953, es decir, tres semanas, antes de la cura del sueño. La segunda parte de su hospitalización fue del 14 de abril (cuando empezó la cura del sueño) al 28 de abril (cuando dejó la cura), un período de dos semanas. En cuanto se despertó, escribió a la Madre Saint Jean, y al día siguiente, el miércoles 29 de abril (entre otras cosas, para pedir permiso para informarse sobre la compra del 2CV). Pensaba volver a casa el jueves o el viernes. Finalmente, abandonó Bonneval el sábado 2 de mayo.

A partir de 1946, Marie de la Trinité consulta a varios psiquiatras y psicoanalistas. (véase lista adjunta). Muy pronto concibió la idea de convertirse en psicoterapeuta para ayudar a las monjas con dificultades. Así, en cuanto regresó a París, a pesar de su estado de cansancio, comenzó a planificar las grandes líneas de su vida después de Bonneval, sabiendo que su presencia en su comunidad, en Flavigny, era necesaria para la preparación del Capítulo General que se celebraría en diciembre de 1955. Deberá elegir nuevos superiores y renovar las Constituciones de las Dominicis Misioneras del Campo, en las que Marie de la Trinité ya había trabajado con la Madre Saint-Jean en 1930-1932. Aprobado por el obispo Feltin, este trabajo había conducido al reconocimiento oficial de la Congregación.

A su regreso a París, el 3 de mayo de 1953, escribe a la Madre Saint-Jean, que se prepara para viajar durante dos meses al sur de Francia para la visita canónica de las casas de la Congregación, pidiéndole que la acepte como secretaria. Sin embargo, el proyecto quedó en nada. Marie de la

³Acompañan a esta carta 16 hojas de papel que podrían haber sido insertadas en la carta-tarjeta después de doblarla en tres; la primera de estas hojas está numerada 2, las dos últimas (16 y 17) no están numeradas.

⁴Bestseller de Graham Greene, publicado en 1940 y traducido al francés en 1948.

Trinité pasó unos días en Flavigny después del 5 de mayo. El 23 de mayo, Madre Saint-Jean le escribió el 28 de mayo, en París, donde había regresado a la rue de la Pompe. Estaba pensando en una nueva cura en Bonneval; había pedido su opinión al Dr. Nodet; ahora esperaba su respuesta.

El 25 de junio se encuentra por primera vez con la Dra. Jacqueline Renaud⁵, con quien va a emprender un nuevo tratamiento.

Guarda silencio sobre el Padre Motte hasta el 13 de agosto: probablemente lo conoció en una reunión en el convento de los frailes. La carta que le envió entonces mostraba claramente que las obsesiones seguían ahí, incesantes y más duras. Motte respondió el 15: "...unión real a pesar de todo lo que obstaculiza la intercomunicación". En 1954, Marie de la Trinité vuelve a la vida comunitaria en Flavigny, donde se prepara el Capítulo General, en el que desempeña un papel importante. Durante este periodo, 1954-1955, alterna entre Flavigny y Neuilly-sur-Seine, donde vive su hermana. En 1955, la mención de las obsesiones desaparece de sus cartas al padre Motte. Durante este periodo, reanuda, con dificultad, su vida en común, lo que constituye un verdadero calvario y un testimonio de su "recuperación". Estaba totalmente ocupada en la preparación del capítulo y en reflexionar sobre la orientación de su propia vida: ¿en la Congregación o fuera de ella?

En cuanto al Dr. Lacan, parece que no dio curso a la petición de encuentro que Marie de la Trinité le envió a su regreso de Bonneval. Es más, su encuentro con Jacqueline Renaud le orienta hacia otra forma de tratamiento: cada dos días, en la Salpêtrière, para inyecciones de... ¿qué?... "como para despertar a los muertos"⁽⁶⁾.

Estas son las grandes líneas del contexto; pasemos ahora a este documento.

EL MANUSCRITO DE "DE LA ANGUSTIA A LA PAZ"

Descripción del manuscrito

Como ya hemos indicado, el texto mecanografiado, realizado por Marie de la Trinité con una máquina de escribir sobre papel pelable, consta de 24 páginas por una cara, numeradas del 1 al 18 (indicadas en el ángulo superior derecho). En el reverso de la página 5, Marie de la Trinité escribió de su puño y letra el extracto de una frase que no cabía en el anverso de la página 5 y que da la siguiente frase completa (en cursiva lo que se ha añadido a mano): "y a pesar de ello, siempre había querido *'mintiendo, obtener de los demás su buena opinión de mí'*".

La anomalía en la numeración se explica, pues, por el hecho de que María de la Trinidad insertó 6 hojas suplementarias, intercaladas entre la página 9 y la página 10 de su texto. Estas páginas adicionales están numeradas 9b, 9c, 9d, 9e, 9f y 9g. La autora no ha dejado ninguna explicación al respecto. Entendemos que el documento completo no se redactó en un único borrador y que, por tanto, consta de dos partes.

⁵Jacqueline Renaud, neuropsiquiatra y asistente del Dr. Klein en el Hospital Infantil.

⁶Carta a Mère Saint-Jean, 20 de octubre de 1953.

Las páginas numeradas del 1 al 18 debieron escribirse con prisas, aunque no sea la primera ~~vez~~ exactamente al mismo tiempo. Forman un conjunto coherente que luego se mecanografió en un solo borrador.

De la página 1 a la página 9, Sor Marie describe el tratamiento y la cura del sueño:

p. 1, antes de la cura (título que no figura en el manuscrito), un período de quince días de tratamiento con insulina y de relativa libertad;

pp. 2-3, "cura de sueño" (el título aparece en el original mecanografiado), el comienzo melodramático de la cura;

pp. 3-7, "durante la cura de sueño" (el título aparece en el mecanografiado inicial), insomnio nocturno, sueños, pesadillas (manchas de colores que caen sobre él a velocidad vertiginosa - tal vez relacionadas con las ruedas de los querubines del libro bíblico de Ezequiel); culpa, mentiras, perversidad - angustia, terror;

pp. 8 y 9, "après la cure de sommeil" (título añadido más tarde en la parte superior de la página 8), miedo a la muerte, salida de Bonneval, desaparición de las obsesiones habituales, comienzo de una reflexión sobre los años de obsesión;

Estas páginas fueron escritas probablemente bajo la influencia de un recuerdo vívido, poco después de abandonar Bonneval, cuando Marie de la Trinité se encontró sola en su pequeña habitación de París, a partir del 3 de mayo de 1953.

Páginas 10 a 18

Estas páginas son la continuación lógica de las páginas 1 a 9. Comienzan con las palabras Comienzan con las palabras:

"A partir de ahora sola conmigo misma...", lo que corrobora nuestra hipótesis de que fueron escritas, como las páginas 1 a 9, cuando estaba sola en París. Pero pueden haber sido escritas más tarde, porque en la p. 10, Marie añadió a la mecanografía inicial el título "chemin parcouru depuis trois ans" ("el camino recorrido durante los tres últimos años"), lo que indicaría que fueron escritas en 1956.

Esta parte está estrechamente vinculada a los pasos dados por Marie de la Trinité, que buscaba la manera de emprender los estudios que le permitirían convertirse en psicoterapeuta.

También menciona el Capítulo General de diciembre de 1955, en el que Marie participó y que dio a las Dominicas Misioneras del Campo una nueva Superiora General. La Madre Saint-Jean fue marginada. La mayoría de las hermanas son hostiles a Marie de la Trinité y el Padre Motte le aconseja que regrese a París. Ella pide entonces un indulto (permiso oficial) para ausentarse de la comunidad por motivos de estudio.

p. 10, "el camino recorrido en los tres últimos años" (título añadido más tarde en la parte superior de la página 10), opciones presentadas a Marie al dejar la cura;

pp. 11 a 14, "la empresa de mi propia reeducación" (título dado en el mecanografiado inicial), los cambios introducidos en su comportamiento: mirada más constructiva; originalidad frente a las críticas; afectividad; agresividad; (p. 13, línea inferior, "así que ésta es la dirección que he tomado durante los 3 últimos años"); progresividad; alimentación;

pp. 14 a 18, "trabajo y sociabilidad", (título que figura en el original mecanografiado), revisión de las Constituciones de la congregación (1954-1956); Capítulo General (diciembre de 1955); calma y alegría; comportamiento independiente; vida afectiva; caridad ;

Páginas 9b a 9g

Esta sección comienza con las palabras: "las obsesiones han desaparecido". A lo largo de las 6 páginas siguientes, Marie profundiza en la desaparición de sus obsesiones, empezando por "el día después de mi regreso de Bonneval a París" (p. 9b), y refiriéndose después a los "doce días antes de enfrentarme al mundo" (p. 9c).

A continuación describe los "doce días antes de tener que afrontar el regreso a mi convento" (p. 9c) y luego su regreso real ("A mi regreso, nadie me prestó atención". p. 9d) en noviembre de 1953.

A partir de la mitad de la p. 9e, pasa al examen de conciencia ("juicio y conciencia").

Estas páginas describen las experiencias de Marie de la Trinité entre su salida de Bonneval y su regreso a Flavigny, donde encontró todas las dificultades de la convivencia. Sin embargo, debieron de escribirse después de las páginas 1 a 18, ya que se han insertado en el mecanografiado entre las páginas 9 y 10 en aras de la coherencia.

LA RELACIÓN CON JACQUELINE RENAUD

- Por consejo de Louis Beirnaert, Marie de la Trinité entró en contacto con la Dra. Jacqueline Renaud.
- La relación entre la Dra. Renaud y Marie de la Trinité se vio reforzada por la colaboración de Jacqueline Renaud sobre los problemas específicos de la vida religiosa. Fue a través de ella que Marie de la Trinité se introdujo en el mundo de los psicólogos profesionales. Fue ella quien pidió al obispo Feltin que apoyara su proyecto de ayuda psicológica a las monjas, en una carta que atestiguaba su competencia.
- Fue Jacqueline Renaud quien presentó a Marie de la Trinité a la profesora Cornelia Quarti en el hospital Vaugirard. Esta última la contrató como asistente y le confió pacientes. Esta colaboración comenzó en enero de 1956 (cf. carta a la Madre Saint-Jean del 30 de enero de 1956).
- Lo que Marie de la Trinité no había previsto era que, para ser psicoanalista, había que estar "avalado" por la persona con la que se había hecho el propio análisis. Todos los psicoanalistas que conoció le dijeron: ¡tienes que volver a ver a Lacan! Esto era un gran problema para Marie, que no quería pasar por él.

Jacqueline Renaud expresó su posición sobre el psicoanálisis en una carta a Marie de la Trinité fechada el 21 de marzo de 1955: "Conoces mi opinión sobre el psicoanálisis, que, para mí, tanto en teoría como según mi experiencia, o no tiene ningún efecto, o disuelve la personalidad moral". Esta posición tan clara no pareció plantear ningún problema a Marie de la Trinité, que hizo del Dr. Renaud su única referencia

con los psicoanalistas Charles Durand y Juliette Favez-Boutonier, con los que se puso en contacto para seguir su formación. Al mismo tiempo, criticó asertivamente a Lacan (véanse las cartas en el Apéndice).

NUEVO CONTACTO CON LACAN

En julio de 1956, Marie de la Trinité se reúne en París con el Dr. Charles Durand (Prangins, Suiza), pionero de la psicoterapia de grupo. Durante este encuentro, escuchó sobre todo sus consejos; le escribió el 4 de julio para explicarle su trayectoria y destacó al Dr. Renaud como la persona más indicada para juzgar sus capacidades. *"Creo que me conoce mejor que el Dr. Lacan... al que no veo desde hace tres años..."*. Desde su punto de vista, el psicoanálisis al que se sometió con él tuvo una influencia innegable en su recuperación, pero fue sobre todo gracias a la cura de sueño que pudo retomar su actividad normal. Dice estar "de acuerdo en la necesidad de *proseguir estudios serios de psicología*". Terminó pidiendo unas prácticas en Prangins entre julio y octubre.

Para ello, fue recomendada por Jacqueline Renaud, quien escribió a Durand el 5 de julio que Marie de la Trinité, que estaba "en prácticas desde enero en una consulta psicósomática del hospital Vaugirard (Doctor Quarti), mostraba un gran interés y, *siempre que continuara sus estudios*, podría aportar una gran contribución al conocimiento de los problemas psicológicos".

El 13 de julio de 1956, otra carta de Marie de la Trinité al Dr. Durand, que comienza con estas palabras: "Por fin he decidido concertar una *cita con el Dr. Lacan y le he visto esta mañana*. Le conté mis planes y el motivo particular de mi visita, como usted deseaba. *Me preguntó cómo había evolucionado en los últimos tres años*". Lacan encontró factibles sus proyectos y se mostró dispuesto a discutir con ella la mejor manera de llevarlos a cabo, a partir del 17 de septiembre⁷.

A partir de este encuentro, el problema de Marie de la Trinité fue "la valiosa formación técnica por la que Lacan está dispuesto a interesarse"⁸ Marie de la Trinité se puso entonces en contacto con la Dra. Juliette Favez-Boutonier, psicoanalista encargada de los cursos de psicología en la Sorbona. Dos meses después de este encuentro, le escribió: "Como usted me expresó su deseo, durante nuestra conversación del 20 de septiembre pasado, *vi varias veces a Monsieur Lacan. Aunque puede aportar una contribución muy útil a la realización de mis proyectos, quizás incluso insustituible por mi psicoanálisis, me parece insuficiente el punto de vista exclusiva y necesariamente psicoanalítico desde el que me lleva a considerar, con él, los problemas que deseo profundizar*". Necesitaba consejo sobre la dirección que debían tomar sus estudios y solicitó una nueva entrevista.

El 23 de noviembre, Juliette Favez-Boutonier le comunica que ha hablado con el Dr. Lacan. Ambos pensaban que el proyecto de Marie de la Trinité, aplicado al ámbito religioso, era muy especial y escapaba en parte a la competencia oficial del psicoanalista.

⁷Énfasis añadido (en negrita). Véase la carta completa en el apéndice.

⁸Misma carta del 13 de julio de 1956

y la psicóloga; además, como no quiere preparar exámenes universitarios, es difícil darle consejos y orientación; que debería, con las personas que trabajan con ella, hacer un balance de lo que es deseable para su formación. Por último, le indicó el día y la hora de su horario de oficina⁹.

CONCLUSIÓN

Tras esta investigación a través de la correspondencia de Marie de la Trinité y la atenta relectura del propio mecanografiado, podemos concluir lo que sigue.

Las páginas 1 a 9 constituyen el relato de la cura, que escribió al salir de Bonneval, una vez de regreso a París, en mayo de 1953.

Las páginas 10 a 18 fueron escritas después de su encuentro con Jacques Lacan, el 13 de julio de 1956. Éste le pregunta "cuál ha sido su evolución en los tres últimos años". Utiliza exactamente la misma expresión en el título que da en la página 10, "el camino recorrido en los tres últimos años".

Relee su documento y añada otra reflexión sobre el tema de las obsesiones, para la que busca el lugar correspondiente. Lo encuentra al final de la página 9, que termina con la palabra "obsesiones". La página 9b comienza: "Obsesiones perdidas..."

El subtítulo *Relation écrite pour Jacques Lacan*, que no figura en el mecanografiado, no es una dedicatoria de una paciente a su terapeuta ni de una alumna a su profesor. Es una respuesta a la pregunta que Lacan hace a Marie el 13 de julio de 1956, cuando se reencuentran después de 3 años: "¿Cómo ha evolucionado usted en estos tres últimos años?". Marie responde a esta pregunta en las páginas 10 a 18, que justifican el subtítulo. En cuanto a las páginas 9b a 9g, responden a la misma intención, como reflexión complementaria sobre la cuestión de las obsesiones y su desaparición. Se trata, en efecto, de una relación escrita en respuesta a la petición de Jacques Lacan.

Christiane Schmitt

Eric T. de Clermont-Tonnerre

⁹Véase en el apéndice el texto completo de las cartas del 15 y 23 de noviembre.

TEXTO

1

De la angustia a la paz.

La cura del sueño comenzó en malas condiciones.

Los primeros síntomas de desequilibrio habían aparecido diez años antes; yo llevaba ocho años acudiendo a médicos. Acababa de pasar cuatro años en psicoanálisis: una angustia más.

Llevaba quince días en Bonneval, en la sala libre. El Dr. B., que era argentino, me había examinado solo, pero no tenía mucha confianza en él por su juventud, lo que significaba que no tenía experiencia, y por su nacionalidad. A veces, el Dr. E. pasaba rápidamente por la mañana, acompañado de algunos internos. A sus preguntas sólo podía responder: "Todo va bien.

Durante esas dos semanas, me habían administrado un tratamiento de insulina (choque húmedo), lo que, me parece, provocó un resurgimiento de las obsesiones. Un día, la enfermera me llamó para una electronarcosis; sentí un dolor en la columna vertebral que me duró varios meses, eso fue todo.

Por otra parte, en la habitación de tres camas donde yo estaba, había una mujer joven, madre de dos hijos, que llevaba allí cinco años. Había recibido algún tratamiento, pero de momento no se le hacía nada. Me pareció que se había refugiado en el hospital para no tener que enfrentarse a la vida, a su marido y a sus hijos; el hecho de que el doctor aceptara mantenerla allí me pareció una triste complicidad en lo que tenía toda la apariencia de egoísmo. La tercera ocupante era una joven de Chartres que estaba allí sin que nadie se ocupara de ella. Estos dos casos me dejaron perplejo en cuanto a lo que podía esperar de mi estancia.

Desde el punto de vista religioso, no puedo decir que mi Superiora consintiera positivamente que fuera a Bonneval. Como mucho, se abstuvo de oponerse. Me afligía su tácita desaprobación, pues tenía la costumbre de comportarme siempre según sus deseos, no por inclinación personal, sino por espíritu religioso.

Durante esos primeros quince días, me molestó mucho el comportamiento de la Hermana encargada, que se preciaba de hacer cursos de "psicología".

"Se asombraba del buen juicio que estaba adquiriendo. Ahora

Esta monja inventó todas las maneras posibles de impedirme ir a misa durante la semana. El sexto día me dijo: "Hoy confiesa el párroco y tienes que confesarte (la confesión al menos una vez a la semana es, de hecho, una exigencia del Derecho Canónico para los religiosos y religiosas)". Le contesté a la religiosa que el obispo a quien yo rendía cuentas me había dado dispensas al respecto y que ella no tenía por qué inmiscuirse en el asunto: Te confesarás o el párroco no te dará más la comunión. Se lo advertí, él sabe quién es usted.

Me sentía culpable por concederme ese tiempo libre: a mis ojos, era el colmo del egoísmo y la pereza.

Para contrarrestar la angustia, había metido en la maleta una cantidad increíble de deberes: llenaba dos bolsas grandes y una maleta. También había varios libros, dos Biblias para comparar traducciones y un Nuevo Testamento griego que aprender de memoria en el poco tiempo libre que tenía: prueba evidente de la perturbación que la angustia introducía en la lucidez de mi juicio. Además, al volver a París por dos días, me había traído nuevo trabajo y nuevos libros. En la práctica, no hice casi nada y no leí casi nada; pero, bajo la presión de las obsesiones, escribí cartas inmensas, con la esperanza de aliviarme: en vano.

Evitaba las comidas en la medida de lo posible. Durante nueve años, todo lo relacionado con la comida había sido para mí una experiencia inquietante: tanto si comía como si me abstenía.

Cura del sueño

Decidida la cura de sueño, me instalaron en una habitación del "Pensionnat". "Pensionnat". En la primera cena me mezclé con ancianas más o menos desequilibradas: las miraba con miedo de volverme como ellas.

La monja de guardia estaba supuestamente enferma, pero no la vimos. Era principios de abril y hacía frío. Vi que sólo había dos mantas finas sobre mi cama, mientras una criada de la tercera sala fijaba periódicos viejos a la ventana para oscurecer la habitación.

Temiendo coger frío, pedí más mantas; mi petición no fue bien recibida; una de las chicas trajo de mala gana una pequeña manta.

Me acerqué a un mirus y pedí un poco de fuego. Entonces llegó el Dr. B. y dio la orden de encender el fuego.

Entonces apareció la hermana de guardia, muy irritada:

- Desvístete inmediatamente. A ver si sabes lo que significa obedecer, ya que eres monja.

Como no obedecí con la suficiente rapidez, añadió, esta vez furiosa: -Si es así como te sientes, ya verás.

De repente me tiró en la cama y me puso una inyección: caí inmediatamente en la inconsciencia.

De repente me desperté, me habían desvestido y acostado en la cama, y la habitación bullía. Todo el personal del internado estaba reunido en mi habitación. Oí vagamente: La casa se va a quemar - incendio en la chimenea - llévate el mirus. Parecía que los cuervos habían construido sus nidos en la chimenea, y el fuego acababa de empezar allí.

Todo esto me parecía trágico. Sentí que la desaprobación general pesaba sobre mí. Me hicieron tomar un número considerable de pastillas y me dormí aterrorizada, deseando no despertarme nunca y morir así, para que todo acabara de una vez, porque todo era un tormento.

durante la cura del sueño

De la cura en sí, recuerdo que el insomnio nocturno se hizo cada vez más frecuente y angustioso. Mi cuerpo, bajo el efecto de las sustancias químicas que había absorbido, desprendía un olor cadavérico que impregnaba colchones y almohadas. La señora de la limpieza que venía por la mañana era amable y gentil; la enfermera de la noche se olvidaba regularmente de darme las pastillas con la comida, sólo pensaba en ellas después y me las hacía tomar todas a continuación. Hasta medianoche oía la radio, a veces los gritos nocturnos de algún paciente demente.

No tengo recuerdos de las visitas del Dr. B.

Que tuve un resfriado, fiebre, y algunas molestias y tratamiento a raíz de este resfriado.

Estos recuerdos emergen como islas sobre un telón de fondo de inconsciencia; así es también como viví sucesos diminutos.

Durante la cura, no tuve dificultades para comer. Me consideraba al margen de mi situación mental normal, pero para mí no era más que un paréntesis. También estaba persuadido de que si no comía no mejoraría. Por otra parte, las obsesiones habituales seguían su curso, y su ciclo como en otras épocas, es decir, constantemente.

Las noches de insomnio estaban llenas de terrores. Sólo recuerdo un sueño:

- Estaba en un lugar donde había muchos libros. Me decían: "Hay demasiadas cosas en todos estos libros. Ábrelos y coge lo esencial de cada uno". Los abrí uno a uno, eran todos libros viejos, encuadernados, y desprendí las páginas "esenciales" con perfecta seguridad de elección y gran facilidad. Incluso me asombraba, en sueños, mi lucidez, la calma y la seguridad interior con que discernía a primera vista lo esencial, y dejaba caer el desorden de páginas e ideas que precedían y seguían.

- Entonces descubrí piedras preciosas de diversos colores; se me entregaron papeles, también de diversos colores, y dije a muchas de las personas que estaban conmigo y de las que era responsable: que cada una se ocupe de hacer coincidir un papel con una piedra preciosa, y tendrá la piedra.

De hecho, los colores y las piedras preciosas eran la última percepción que seguía siendo "sensible" para mí. Había reunido toda una colección de ellas (piedras falsas). Hubo toda una fase de mi enfermedad en la que me adentré todo lo que pude en el simbolismo de los sonidos, los colores y las líneas. Sólo ahí encontré algún vestigio de que hay algo en la tierra que se llama "vida" y que nunca volví a experimentar.

Un recuerdo lejano de ella, pero nada que estuviera realmente allí. Todo lo que experimentaba no era más que un revivir de cosas que había vivido antes, que se repetían, sólo que variaban las combinaciones.

Así que sustituí el vacío mortal de toda realidad real por construcciones simbólicas.

¿Es sólo una hipótesis? ¿Tiene alguna base real? Me parecía, a causa de este sueño, que la cura del sueño me había hecho retroceder, y que había llegado así, dentro de mí, a esa fase de la enfermedad en la que me había refugiado en los colores y los simbolismos.

Hacia el séptimo u ^{octavo} día, la molestia empezó a hacerse intolerable, su densidad aumentó durante las noches de insomnio, y el remordimiento y la culpa surgieron de no sé qué profundidades.

¿Qué había venido a hacer aquí? Tal vez iban a retenerme allí cinco años, como a aquella joven. Ningún médico se ocupaba de mí: corría la misma suerte que aquella joven de Chartres. De hecho, recuerdo a las enfermeras que venían todos los días, pero el médico sólo debía de venir cuando yo estaba profundamente dormida, y no me daba cuenta de sus visitas ni entonces ni después.

Además, yo era gravemente culpable de haber extorsionado, bajo la hábil apariencia de la obediencia, el permiso dado a regañadientes para someterme a esta cura del sueño; Dios tenía que castigarme, y sin demora.

Mi supuesto amor a Dios siempre había sido falso, yo era un hipócrita y Dios aborrece a los hipócritas, toda mi vida religiosa había sido escandalosa, siempre había engañado a todo el mundo.

Había caído en una emboscada que todo el curso de mi vida me había preparado: sólo yo era responsable de ella a causa de mi perversidad; durante toda mi vida sólo había tenido una fidelidad, la fidelidad a mi perversidad y, a pesar de ello, siempre había querido .../...

N.B. en el reverso de la página 5, a mano:

mintiendo, para obtener de los demás su buena opinión de

su buena opinión de mí. Ahora toda esta malicia había sido descubierta y ya no podía detener las consecuencias.

Estas angustias siguieron creciendo y proliferando. Hacia el duodécimo día, creo que en el colmo de mi tormento, pedí que se suspendiera la cura. La última noche fue atroz:

- Sin duda me iban a tener allí hasta que muriera, e iban a acelerar mi muerte sin que yo tuviera la culpa: estaba encerrado, prisionero... y nadie debía apiadarse de mí: era la hora del castigo.

- Iba a morir, y a morir podrido; e iba a morir podrido porque yo mismo era una criatura sórdida y moralmente podrida; mi muerte sería simbólica de mi vida.

- Todo esto era perfectamente justo y tenía lugar en una secuencia lógica a la que yo no tenía nada que objetar. Dios no era cruel ni injusto, era infinitamente bueno por haberme perdonado hasta ahora, y comparada con lo que yo merecía, esta muerte era un castigo irrisorio.

- La muerte era, pues, inminente e iría directamente al infierno. Pensar en el infierno era un alivio, en primer lugar porque era justo, y en segundo lugar porque me libraría de la amenaza de lo peor, y sobre todo de la angustia; esta liberación de la angustia hacía que el infierno fuera infinitamente deseable. Todos los peores sufrimientos no son nada comparados con la angustia.

Así que iba camino de una muerte segura. Una mañana, la mujer de guardia me encontraría muerta, esa muerte putrefacta, signo y castigo de mi infamia. Mientras tanto, las criadas se olvidarían deliberadamente de mí, a la monja de guardia no le importaría, y la puerta sólo se abriría cuando el hedor de mi cuerpo se hubiera vuelto intolerable.

Todos los periódicos esperaban ese día para publicar el escándalo en primera plana: la supuesta hermana Marie de la Trinité, Paule de Mulatier, había aparecido muerta, pudriéndose, en una habitación del hospital psiquiátrico de Bonneval. Dirían que era una falsa monja y detallarían todas las falsedades de mi vida. Y tendrían razón.

El escándalo se reflejaría en la Iglesia, el Papa y los obispos, el estado religioso en general, mi congregación, mi convento, mi familia. Y todo el mundo lo sabría.

Ya podía ver las enormes letras en todos los periódicos - y la foto que me mostraría pudriéndome en un rincón de la habitación: la antigua Hermana Marie de la Trinité.

Lo que me consolaba, en este momento de angustia, era que por fin se arrojaría luz sobre mi caso, pues desde que me hice monja siempre había sido amargamente criticada por unos y aprobada por otros, y mi persona provocaba así divisiones a mi alrededor. Había tardado mucho tiempo en darme cuenta de ello.

Al menos, las cosas estaban a punto de aclararse: ya no sería un ángel para unos, un demonio para otros, sólo sería un demonio y todo el mundo estaría por fin de acuerdo en pensar lo mismo. Si gracias a esto renacía la unidad, sería estupendo.

Pensé que aunque tuviera que serlo, si ya estaba destinado a la condenación, debía rezar hasta el final. Así que intenté rezar. Pero no pude. No era más que una masa de terror. Intenté rezar al menos el Padrenuestro, pero ni siquiera encontraba las palabras ni las peticiones, porque la angustia me torturaba.

Mientras intentaba extraer de mi alma algo que Dios pudiera considerar una llamada, un grito hacia él, cayeron sobre mí enormes manchas de colores; se formaron sobre mí y cayeron sobre mí a una velocidad vertiginosa como si estuvieran fascinadas por mí, esperaba que me aplastaran pero se disolvieron en cuanto me tocaron; cayeron sobre mí a millares. Estaban animadas, vivas, una sarabanda infernal; a medida que caían, su forma cambiaba. El aire se llenó de ellas, en un trágico silencio.

Me aterroricé tanto que me sentí al borde de la locura. La angustia ya no estaba ligada a ningún motivo, nada la limitaba y nada en mí podía resistirla, lo había sumergido todo.

después de la cura de sueño

Por la mañana, como había pedido la víspera que suspendieran la cura, hubo un malentendido y no vino nadie. Este abandono me aterrorizó. Me dije: "Si esto sigue así, o si aumenta, voy a volverme loco". Sentía que se me habían entumecido todos los dedos de la mano izquierda y tres de la derecha: en mi opinión, era el principio de la podredumbre que iba a causar mi muerte.

No podía salir, porque estaba encerrado. Grité, diciendo: Abrid, os lo ruego. No vino nadie, pero oía a las chicas de guardia que se decían unas a otras: "Se oye a la loca¹⁰: esa sí que nos ha hecho pasar un mal rato".

Por fin, hacia las diez, entró el Dr. B.. Insistió débilmente en que aceptara continuar el tratamiento. Temía volverme loco si continuaba el¹¹tratamiento de la muerte -y, por otra parte, no recuperarme nunca si lo interrumpía; pero como este último mal me parecía menor que el otro mantuve mi decisión.

Vino también el Dr. E., con dos ayudantes; no me preguntó nada, pero dijo: No debe continuar, interrumpa el tratamiento, ella ya no puede más.

En la báscula se dieron cuenta de que había perdido casi 5 kg en esos trece días. Aunque me parecía que sólo había dormido durante el día y no por la noche, había tomado la dosis de remedios necesaria para dos curas completas de sueño. Alrededor de los ojos, mi piel se había adelgazado y apergaminado como la de una momia; cuando me vi la cara, me asusté, era una cara de terror.

Dos días después salí de Bonneval. Estaba tan débil que a cada paso temía caerme. Me atormentaba el temor de una muerte inminente, tal vez incluso repentina: me ocurriría en la pequeña habitación de la rue de la Pompe a la que regresaba, pero nadie se daría cuenta hasta que estuviera completamente podrido.

Me di cuenta entonces de que las obsesiones habituales habían desaparecido. Habían sido formadas por sucesivas angustias siempre sobre las mismas cosas. Pero la angustia que acababa de soportar había sido más fuerte.

⁽¹⁰⁾ Podría leerse "niña" o "loca", porque la o se ha sobrescrito con una i, o viceversa. [NDE: Nota del editor]

⁽¹¹⁾ Podría leerse tanto "le traitement de mort" como "ce traitement de mort", ya que la l se ha sobrecargado con una c, o viceversa. [NDE]

que todo lo que había experimentado durante los nueve años de obsesiones.

Eso es lo que había estado pensando durante mucho tiempo: si conseguía experimentar algo más fuerte, las obsesiones cederían.

Pero era un círculo vicioso, porque las obsesiones me impedían experimentar nada ajeno a ellas.

El miedo que sentía ahora era extremo y continuo, pero sentía en mí misma que no era un miedo obsesivo, no lo sentía de la misma manera que las obsesiones. Era intenso, pero no obsesivo.

Todo en mí quería permanecer en la inercia que había experimentado durante la cura de sueño. Odiaba vivir. La muerte no había llegado, pero gracias a la inercia, podía "fingir" que estaba muerto. Todo lo que quería era quedarme quieto, no moverme, no pensar; reducirme a la existencia, eliminar la vida de ella.

La peor decepción fue descubrir que no quedaba nada debajo de las obsesiones, porque había imaginado que, una vez superadas éstas, me encontraría como antes.

En realidad, durante los largos años de obsesión, me había ido reduciendo a tres planos dentro de mí:

- un plano que me mantenía en contacto con las realidades exteriores por medio de percepciones sensibles, pero estas percepciones eran muy atenuadas, irregulares, apagadas, eran observaciones de la existencia, sin ninguna relación mía con ellas: todo me era ajeno, y yo era ajeno a todo. Hay mucho más que decir sobre esto, pero tal vez sea inútil;
- después, el plano de las obsesiones, con el desarrollo ininterrumpido del ciclo propio de cada una, simultáneamente -teniendo en cuenta la diferencia radical entre obsesión y memoria-..;
- por último, todo el plano de la profundidad interior, espiritual, del que conservaba un recuerdo cada vez más lejano y al que nunca más podría llegar: todos mis esfuerzos en este sentido sólo acababan por agravar las obsesiones.

¹²Se ha añadido a mano una "a" para que la numeración de las páginas se convierta en "9a" cuando las 6 hojas, numeradas del 9b a 9g. [NDE]

Al desaparecer las obsesiones, el contacto con esta parte de mí mismo no volvió espontáneamente; además, todo lo que el curso de mi vida había acumulado allí anteriormente había desaparecido, no quedaba nada.

También me di cuenta de que las obsesiones se habían apoderado de mí hasta tal punto que me había identificado con ellas. Aunque a regañadientes, reconocí que me expresaban, que eran yo, mientras que cualquier otra cosa que pudiera haberse desarrollado en mí me parecía artificial y ajena.

Las necesitaba: por mucho que me atormentaran, gracias a ellas había conservado hasta entonces cierta impresión de vivir, o más bien de sobrevivir. Cuando cesaron las obsesiones, esa sensación desapareció con ellas, un descubrimiento muy amargo.

Por todas partes, dentro y fuera de mí, no encontraba más que vacío y soledad. Es más, era incapaz de realizar los actos habituales de la vida espiritual.

En los cerca de 9 años que habían transcurrido desde que tomé conciencia de que estaba obsesionado, sólo había podido rezar una vez, un día por casualidad, mientras asistía a misa: desde el comienzo de la misa hasta el Sanctus. Cualquier cosa que tocara de algún modo, aunque fuera indirectamente, la vida espiritual provocaba una sobreexcitación de las obsesiones, así que tuve que acostumbrarme a obligarme a pensar en otra cosa.

Al día siguiente de regresar de Bonneval a París, entré en una iglesia y pude rezar de nuevo, pero sólo duró unos segundos y me encontré de nuevo amurallado.

Posteriormente, estas observaciones confirmaron mi creencia de que el lugar donde las obsesiones habían nacido en mí era el de la conciencia espiritual, que es, creo, el plano experiencial más profundo y personal de mí mismo; es algo distinto de la conciencia moral. Las obsesiones movilizaban la conciencia moral, así como el pensamiento, la afectividad, etc., pero el locus del conflicto del que surgían estaba mucho más allá de

todo lo cual es sólo muy superficial comparado con el locus interno de esta conciencia espiritual.

Me hubiera gustado encontrar ayuda, pero no encontré ninguna, en realidad ninguna. No faltaban personas que podrían haberme ayudado si hubieran entendido lo que necesitaba, pero no lo entendieron. Además, yo seguía teniendo una fuerte tendencia a reaccionar de forma desmoralizadora ante todo.

En esta situación, el primer paso que di fue persuadirme, con un esfuerzo que parecía desgarrador y carente de vida, de que como no estaba muerto, aunque las oportunidades no me faltaban y había ido voluntariamente a su encuentro en dos ocasiones, era porque Dios quería que aún viviera; pero me sentía como si sólo tuviera la apariencia de la vida y estuviera privado de la capacidad de vivir.

Mientras buscaba tristemente qué hacer, sintiendo que todo mi ser era arrastrado hacia la inexistencia y teniendo que nadar contra la corriente sin fuerzas, recordé un proverbio hindú que dice en esencia: siempre tienes suficiente poder cuando te avienes a usarlo.

El primer esfuerzo que tuve que hacer en este sentido fue precisamente aceptarlo por mí mismo, admitir que tal vez aún había poder en mí, aunque fuera infinitamente reducido - aunque sólo fuera, para empezar, el poder de aceptar intentar utilizarlo.

Lo más difícil no fue tanto dar ese paso como atravesar todo lo que en mí se oponía a él. Lo di; no iba acompañado de ninguna experiencia de la vida; era un paso mecánico, un paso de pierna artificial, pobre, doloroso, inerte, un paso milimétrico.

Lo que me permitió hacerlo fue que ya no estaba obsesionado y, en consecuencia, había recuperado la capacidad de concentrar mi atención y la energía que me quedaba en un objeto de mi elección. Esta atención era temblorosa, preocupada y enferma, pero podía utilizarla; por lo demás, sólo tenía cadáveres en mis manos.

Aún me quedaban doce días antes de afrontar el regreso a mi convento; el miedo a la muerte inminente nunca me abandonó -creo que este miedo fue una bendición:

La duración de mi existencia actual tenía que parecerme muy corta, porque no podía enfrentarme a la idea de que me quedaran varios años más de vida en el estado en que me encontraba en aquel momento.

Si alguien se hubiera interesado por mis progresos, habría ayudado, pero no había nadie.

Así que ya no estaba obsesionada con la comida, pero algo dentro de mí fallaba y perdía el equilibrio en cuanto veía u olía comida.

Una de las razones por las que temía Flavigny era la comida. De hecho, cuando regresé en abril, no pude participar en las comidas comunales hasta el mes de marzo siguiente, y entonces sólo bajo ciertas condiciones.

Cuando regresé, nadie me hizo caso.

Me esforcé por integrarme lo mejor posible en esta sociedad del desierto que sentía tan indiferente a mi presencia como a mi ausencia.

Rezar era imposible; aún no había recuperado el sueño ni las sensaciones corporales normales; nada me relajaba.

Así que me dediqué a trabajar. De vez en cuando, una Hermana venía a ayudarme. Era paciente conmigo y siempre me animaba; hizo mucho para ayudarme a salir del pesimismo sobre mí misma en el que me encontraba.

Seguía sintiendo las heridas que me habían causado varios sacerdotes y monjas y mi actitud hacia ellos seguía siendo muy amarga; sin embargo, ya no era obsesiva.

Desde el día en que me di cuenta de que se había abusado de una confianza a la que yo estaba naturalmente inclinado, y de que proliferaban las interpretaciones injustificadas y tendenciosas que podían difundir quienes estaban aquejados del mal de los celos -uno de los males más comunes- y no eran conscientes de ello, me había vuelto muy desconfiado de una serie de religiosos y religiosas. Este descubrimiento fue para mí una decepción tanto más amarga y pesada cuanto que vi con demasiada claridad la relación entre mi depresión y actitudes similares. I

Mi error fue grande, porque no me di cuenta de que yo había provocado en parte inconscientemente esas actitudes y de que, por otra parte, era libre de atribuirles la importancia y el significado que quisiera y de que la forma en que reaccionara ante ellas dependía enteramente de mí. Entonces no veía todo eso.

Mi vida anterior no me había dado la oportunidad de educar mi agresividad; esta educación fue tanto más difícil cuanto que llegé más tarde. Sólo fui clarividente en este punto cuando pude separar el aspecto "responsabilidad" del aspecto "culpa" en relación conmigo mismo y con este conjunto de situaciones y **r e a c c i o n e s** . aspecto "culpa". Hasta entonces, me había cegado el miedo a la culpa ineludible.

Con el paso del tiempo, mi juicio se consolidó por el uso que ahora podía hacer de él; así que me puse a averiguar de dónde procedía el terror en el que me había hundido durante la cura de sueño, y que se había apoderado de todos los miedos y emociones de mi vida.

Me llamó la atención el hecho de que los sucesivos miedos que atravesaron esta cura de sueño, hasta llegar al terror final, provenían todos de un patrón común expresado de la siguiente manera:

- una decisión tomada por mí, con fines que me parecían válidos, considerándolo todo ;
- una interpretación desfavorable de mi decisión, que conducía a mi cierta culpabilidad, por parte de personas en mejor posición que yo para juzgar;
- ante el dilema, la adopción por mi parte de su punto de vista y el abandono del mío, mezclado con torrentes de angustia, con el sentimiento confuso de que se me imputaba falsamente la mala intención mientras que mi propia intención era realmente buena - y que, sin embargo, era perversidad, terquedad, orgullo negarme a reconocer mis errores, tan evidentes para los demás.

También me di cuenta de que la moralidad de las cosas reprochadas no residía en las realidades mismas, que

eran indiferentes, sino en la intención con que yo las había llevado a cabo. Ninguna de esas intenciones era culpable, pero desde fuera se les podía atribuir un significado peyorativo. Este rasgo era común a todas las acusaciones.

También me asombró comprobar que, sin discusión, pero con angustia, abandonaba el juicio de mi conciencia -que, tras serena reflexión, a solas y ante Dios, había juzgado bueno- para aceptar en su lugar un juicio completamente superficial, construido sobre las apariencias y que condenaba mis intenciones sin dignarse siquiera a indagar en ellas.

¿Por qué esa duda pesaba sobre el valor de los juicios de mi conciencia? "Tanto el 'juicio' como la 'conciencia' estaban en entredicho.

Retrocediendo etapa por etapa en mi vida, me di cuenta de que todo esto era muy antiguo, o más bien se remontaba a mi primera infancia:

- Siempre me había avergonzado mucho de mí mismo, y los recuerdos de mi vergüenza me inundaban, con el rasgo común de que siempre fui mucho menos de lo que debería haber sido y que eso era una desgracia para mi familia, en la que yo era una mancha;

- mi juicio personal (como persona) nunca me había parecido válido, debido a ciertos hechos que se repetían a menudo y a una observación:

- los hechos se refieren a la costumbre que tenían mis hermanas de decir y repetir de mí: Es tonta, es muy tonta, nunca hemos visto una tan tonta; además, se divertían mucho diciéndome, en el mismo tono, cosas que eran verdad y otras que eran falsas, y disfrutaban de mi vergüenza sin malicia, porque yo nunca sabía si creer o reír; cuando me equivocaba, todos se reían, entonces yo lloraba y mis pequeñas penas causaban mayor hilaridad. Como todos nos queríamos mucho, esto parecía inofensivo a los demás, pero trágico para mí;

- Cuando era muy joven y me comparaba con la gente con la que vivía, me daba cuenta de que yo estaba mucho más en contacto con la realidad concreta que ellos.

Como no sabía entrar en lo abstracto, pensé muy pronto que era incapaz de tener ideas y, en consecuencia, de emitir juicios acertados: era un campo que me superaba.

A esto se añadía el hecho de que tenía un temperamento tan violento como frecuente. Cuando tenía un ataque de ira, no podía esquivar los arrebatos y desahogarme. Me sentía muy culpable y, sin embargo, no podía hacer otra cosa: me sentía encadenado por una culpa fatal. Creo que las causas de estas irritaciones infantiles eran puramente físicas; cuando me ponía insoportable, mamá me dejaba tres días en cama, luego me tranquilizaba y me conformaba con todo. Estos arrebatos de cólera eran breves, terminaban en un fuerte arrepentimiento, acompañado de sollozos y una angustia desesperada. A veces la oía decir: "No es sincera cuando pide perdón, porque siempre vuelve a hacerlo". Este fue probablemente el comienzo de mis preocupaciones sobre la realidad de mi sinceridad.

Estas dudas sobre mí mismo se desarrollaron más tarde, gracias a ciertas influencias clericales y religiosas que trataban de prevenirme contra lo que llamaban mi voluntad propia y mi orgullo. El desprecio que mostraban por los juicios de mi conciencia, las decisiones contrarias a ella que me imponían en nombre, decían, de su conocimiento de la voluntad de Dios sobre mí, me perturbaban tanto más cuanto que el terreno estaba bien preparado. Estas personas tenían ciertamente intenciones muy rectas y, sin embargo, de hecho, se extralimitaban en el papel que les correspondía; la ingenuidad de mi obediencia y el candor de mi docilidad cedían también, por mi parte, a sus intromisiones.

Como su juicio difería del mío incluso en puntos esenciales, como la forma de vida religiosa que correspondía a mi vocación, surgió el conflicto en lo más profundo de mi ser. Lo repetía una y otra vez, pero no me hacían caso. Y, como siempre me decían que mi propia voluntad y mi orgullo distorsionaban mi juicio y que siguiéndolos me alejaría de Dios, no me atrevía a contradecir sus afirmaciones.

tres años después

Ahora, a solas conmigo mismo, me di cuenta de que sólo había dos soluciones posibles y que tenía que elegir:

- o bien, completar mi tiempo en la tierra replegándome en el luto por mí mismo y haciéndome definitivamente cautivo de las desgracias de mi vida: injusticia, celos, engaño - malicia, dureza, rivalidad.

Pero esta actitud era contraria a mi voluntad más profunda, porque nunca había dejado de intentar salir de este abrazo irrespirable, de esta viscosidad del mal que no sólo está en el corazón de los demás, sino también en el mío. Hasta entonces, las obsesiones habían mantenido a raya toda la energía gastada para liberarme del abrazo de esas decepciones y amarguras

Ahora las cosas eran distintas, porque ya no estaba obsesionado, y mi sinceridad quedaba en entredicho: si ahora me dejaba hundir en el abismo, era porque lo consentía -y mi hipocresía parecía entonces evidente. Ante Dios, mi conciencia se negaba a aceptar esta cobardía. Es más, frente a mí mismo, veía con demasiada claridad que esta perezosa resignación me llevaría de desgracia en desgracia.

- Me parecía que estaba definitivamente vacío de todo potencial espiritual, intelectual y emocional: la vida era incolora, ya no tenía sentido, estaba roto, sólo quedaban unas migajas. No tenía emociones, ni sentimientos. No era sensible a ningún estímulo, o mejor dicho, todo me entristecía. Me recordaba constantemente que todo había fracasado irremediabilmente, incluida la realización de mi vocación. Espiritualmente, permanecía atado y entumecido. Sintiéndome radicalmente incapaz de levantarme de nuevo, estuve a punto de rendirme: un resto de lealtad, tal vez de amor a Dios, me retenía.

Además, para conseguir algo que valiera la pena, tenía que ir a contracorriente de todos los comportamientos virtuosos que había estado practicando desde que tenía unos 15 años, según los consejos que había recibido de personas dedicadas a la vida espiritual. ¿Me los habían dado mal, o yo los había malinterpretado?

En cualquier caso, sus consecuencias habían sido desastrosas, y ya no podía pensar en referirme a ellos.

la empresa de mi propia reeducación

He aquí los primeros cambios que introduje en mi comportamiento:

- en lugar de confiar habitualmente en el juicio de los demás, me entrené para atenerme al mío, pero sin dejar de confrontarlo con puntos de vista diferentes ;

- En lugar de ver sólo los defectos y las insuficiencias en mí mismo, empecé a fijar obstinadamente mi mirada en mis capacidades y en las cosas buenas que iba logrando. Evité deliberadamente detenerme en mis deficiencias y fracasos: aún estaba demasiado deprimido para detenerme en ellos sin peligro.

Así que emprendí un camino lo más constructivo posible. Me di cuenta, para mí y para los demás, de que toda deficiencia es una laguna en una realidad válida y que, al hacerla más vital, la deficiencia desaparece: busqué la lección adecuada para aprender de los fracasos, convirtiéndolos en oportunidades de progreso. De este modo, intenté utilizarlo todo para restaurarme.

Lo veía claro: o me reconstruía a mí mismo, sobre mis ruinas y con la ayuda de esas ruinas y contando sólo conmigo mismo, o se acababa todo.

Mientras contemplaba la posibilidad de un fracaso final y definitivo, me entrené para pensar que, aunque al final no hubiera conseguido ningún resultado satisfactorio, quedaría el resultado muy superior de la constancia práctica del espíritu de querer renacer a pesar de todo: ésta es la ley y la dura exigencia de la esperanza.

Ésta es la ley y la dura exigencia de la esperanza. En todo caso, éste es el camino que siempre he seguido: si me ha conducido a callejones sin salida inquietantes, es a causa de las regiones sombrías donde la lucidez del espíritu no había penetrado todavía; estas regiones oscuras estaban ahora iluminadas por una luz nueva, más humilde, más real, más humana -hasta entonces no había sabido que la verdadera luz tiene tantos matices: los fui descubriendo poco a poco.

También tuve que aceptar mi originalidad, aunque otros no lo hicieran, y aprovecharla al máximo a pesar de las opiniones de quienes me la reprochaban y cuyos temperamentos eran claramente más pobres, menos dinámicos, menos abiertos que el mío: quienes me la reprochaban eran quienes, por razones personales, la temían -lo que significaba que tenía que respetar abiertamente su propia personalidad, aunque se negaran a reconocer la mía. También tuve que adquirir la suficiente independencia y autonomía para no supeditar mi conducta a la de los demás, y la suficiente serenidad para reaccionar de forma constructiva y conciliadora, incluso ante actitudes adversas.

Pensaba que las críticas cesarían si evitaba cuidadosamente darles una oportunidad, sin privarme de hacer lo que consideraba correcto; por tanto, prestaría especial atención a mis "Estudiaba a los demás y observaba sus reacciones, no con la intención de pillarles en falta, sino para discernir qué manera de acercarme a ellos, en un espíritu de concordia y paz.

Tenía cuidado, en mi actitud exterior, de aparentar que ignoraba las palabras o acciones desagradables que la gente solía emplear conmigo; en mi interior, buscaba una explicación que no acusara a la otra persona y aprovechaba para averiguar en qué sentido yo mismo podía ser difícil de soportar.

En los últimos años, he intentado constantemente educar mis afectos, amar de verdad, sinceramente, hacia dentro, acoger a los demás en mi corazón. ¡Es tan fácil prescindir del amor haciendo un favor! Me fijé en cómo Dios nos ama a todos: gratuitamente, sin reciprocidad, sin límites, de hecho. Si no fuera por Dios, podríamos decir que nos pasamos la vida decepcionándole; es más, le ofendemos y Él nos perdona y sigue amándonos y colmándonos. La Redención ya ha acumulado para nosotros todo el perdón que necesitamos, y la Encarnación ofrece a nuestra libertad la posibilidad de una participación personal en el misterio esencial de nuestra fe: algo a lo que el mundo entero, incluido yo mismo, parece ser completamente indiferente.

En cuanto a la agresividad, no buscaba destruirla, sino utilizarla, familiarizarme con ella, suavizarla para poder utilizarla según la ocasión, porque es necesaria. Durante esta enfermedad, me di cuenta de que cualquier disposición positiva se ve reforzada por la existencia de la disposición opuesta -si falta la disposición opuesta, es muy probable que la otra se embote, no tiene mordiente-; las personas sanas no se dan cuenta de esto, p o r q u e las tendencias opuestas normalmente están hermanadas en su interior y su interacción está bien regulada.

Puesto que los defectos son lagunas en las buenas tendencias, y los vicios son desviaciones de estas tendencias, no es suprimiendo estas tendencias como se obtendrán buenos resultados, sino rectificándolas si son vicios, o dinamizándolas si son defectos.

Para aplicarme a ello sin cansarme, lo he hecho objeto de una cierta curiosidad científica, de un espíritu de descubrimiento y de creación.

Me abrí camino por esta senda en el desierto, sin ningún estímulo externo y, al principio, sin éxito, sin ningún estímulo externo, en medio de un grupo de monjas indiferentes, desafiantes y con prejuicios contra mí. Incluso hoy, algunos de estos prejuicios permanecen entre quienes me han sucedido en puestos de autoridad.

Así que, poco a poco y con dolor, me he ido ganando la independencia de mi conciencia. Dios nos ha dado orientaciones muy generales, la Iglesia ha precisado algunas de ellas, y yo me conduzco según esas orientaciones, evitando los consejos intermediarios y guardando un prudente silencio para evitar contradicciones que podrían envenenar las relaciones humanas, tan frágiles, quizá más frágiles en la vida religiosa que en cualquier otra parte. Como esta fragilidad es un hecho, hay que tenerla en cuenta: es una prudencia elemental que me costó mucho descubrir tan tarde.

Ésa es la dirección que he tomado en los últimos tres años.

Al principio, casi nunca conseguía tener la actitud y las reacciones que deseaba: las obsesiones habían dejado surcos profundos en mí; tardé mucho tiempo en rellenarlos. Hasta entonces, estos viejos surcos lo atrapaban todo a su alcance y lo deformaban según el principio de s. Tomás: "quidquid reciprocum". Tomás: "*quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*⁽¹³⁾".

Poco a poco, de acto en acto, de nuevo comienzo en nuevo comienzo, me liberé del antiguo "*modum recipientis*" para establecer uno nuevo. Me parece que éste es también el sentido de la parábola de los odres viejos y nuevos¹⁴ y de la *metanoia*¹⁵ de la que habla una y otra vez el Nuevo Testamento, preparando el reinado de Dios.

Incluso con la comida, que en sí misma era uno de los problemas más sencillos, tardé mucho tiempo en readaptarme a ella con facilidad.

Por ejemplo, no pude volver a las comidas comunales hasta marzo de 1954; hacía por lo menos siete años que no volvía, excepto para desayunar por la mañana durante algunos años. Incluso entonces, apenas permanecía en el refectorio más de diez minutos y no podía servirme de un plato grande. Tenía que servirme por separado en platos pequeños, un detalle que justifica la génesis de esta obsesión -la vista de platos grandes me hundía el corazón, incluso cuando no los tocaba-; pero ya no me obsesionaba este punto, y sólo volvía a mí a la hora de comer.

Sólo desde este verano han desaparecido los últimos vestigios de esta fragilidad y puedo comportarme en el refectorio como todo el mundo, sin limitaciones anormales.

trabajo y sociabilidad

Unos meses después de la cura de sueño, fui elegida por la Priora General, junto con otras dos hermanas, para trabajar en la revisión de nuestras Constituciones. Ante todo, quería que yo estuviera allí, porque, me decía siempre, comprendo su pensamiento más profundamente y con más exactitud que nadie -además, en el pasado, yo había redactado con ella el primer texto de las Constituciones que había que escribir a mano.

¹³Todo lo que se recibe se recibe según la manera del que recibe [NDE].

¹⁴Véase Mt 9,14-17 [NDE].

¹⁵Conversión [NDE]

Mantenernos al día con nuestro mayor número, habiendo crecido de 30 a cerca de 450 monjas, con las nuevas fundaciones en Canadá, Luisiana y Sudán.

Fue un trabajo arduo y agotador, que tuve que hacer en circunstancias emocionales e intelectuales particularmente desfavorables.

Mi mente no era del mismo calibre y no funcionaba de la misma manera que la de las Hermanas con las que trabajaba: yo veía a lo lejos y a lo ancho, mientras que ellas veían lo inmediato y lo limitaban a los logros actuales. No querían un plan, confiaban en su inspiración... y así sucesivamente. En el grupo de Hermanas que sucesivamente tomaron parte en este trabajo, ni una sola me mostró un poco de amabilidad, un poco de bienvenida: sentí hasta el final que no era admitida, sólo tolerada porque no había otra manera a causa de la Priora General. A muchos les habría gustado verme todavía en las profundidades de mi depresión. Ninguno de ellos mostró el menor interés por mi mejoría.

Después de dos años de trabajo asiduo sin ninguna diversión, la Priora General me pidió que hiciera una última redacción de todo el texto, con una Hermana como ayudante. Varios religiosos examinaron este borrador y lo encontraron muy satisfactorio desde todos los puntos de vista, tanto de forma como de contenido.

Hace poco más de un año, el Capítulo General se reunió para ultimar el texto. Reunió a unas veinte o veinticinco religiosas. Desde las primeras sesiones, algunas de las responsables del Capítulo llevaron a todas las demás a exigir que trabajaran juntas para redactar de nuevo el texto.

Constaté, durante el Capítulo, que lo que se redacta con espíritu de oposición se caracteriza por cierta sequedad y rigidez; la agresividad a la que se daba rienda suelta era un obstáculo para la serenidad constructiva.

Yo había participado en este trabajo más que ninguno de los demás; durante los dos últimos meses no levanté la vista, desde las 8 de la mañana hasta las 3 o las 4 de la noche siguiente, con una pausa de diez minutos para cada comida. Había reunido todos los libros y documentos que necesitaba para facilitar mi trabajo.

Cuando se necesitaban aclaraciones sobre tal o cual punto del Derecho Canónico, de los Capítulos Generales, de las directivas de la Iglesia, era a mí a quien se dirigían porque las conocía o podía indicarles dónde encontrarlas.

Nadie me dirigió una palabra de agradecimiento. Entre las sesiones capitulares, las Hermanas charlaban en grupos formados espontáneamente; unas veces me mezclaba con unas y otras con otras, aunque nadie me dirigía la palabra; tenía mucho cuidado de no interpretar la mentalidad común de forma peyorativa, y procuraba estar muy alegre y relajada y pensar en otras cosas: Fue realmente una oportunidad excepcional para no juzgar a nadie, para rechazar toda amargura - y para cumplir lo mejor posible con el consejo de la Sagrada Escritura, en uno de los libros de la Sabiduría "Hazte agradable a la sociedad"¹⁶.

Me alegré bastante al comprobar que me ocurría lo mismo que a un gran número de santos, y que estaba saboreando algunas de sus experiencias -pero con la diferencia de que ellos habían sido tratados injustamente, mientras que yo simplemente recibía lo que me correspondía, porque no valgo mucho; además, a menudo he descubierto que hay algo en mí que asusta a los demás, pero todavía no he podido averiguar exactamente de dónde procede. A este respecto, me he dado cuenta de que los que están por encima de mí sienten ese miedo, mientras que los que están en igualdad de condiciones, o lo que podría llamarse por debajo de mí, me muestran una gran confianza y afecto: e s t o y hablando de personas religiosas.

Así que encontré en este conjunto de circunstancias una oportunidad providencial que no debía desaprovechar, para abrirme camino, para intentar comprender los puntos de vista más alejados del mío, para ablandarme ante las reacciones de los demás, para contener las mías: no siempre lo conseguí, pero progresé.

No siempre lo conseguí, pero progresé. Personalmente, me era indiferente el resultado final; también pensaba que todo eso es muy relativo y que los textos son muy poca cosa. Varias veces cometí el error de participar en discusiones sobre detalles: debería haberme abstenido siempre que era poco importante.

A algunas de las monjas les llamó la atención mi calma y alegría, incluso durante los comentarios dirigidos a mí.

¹⁶Eclesiástico 4, 7 [NDE].

Una de ellas, que durante 25 años me había denigrado asiduamente, se acercó finalmente a mí en esta ocasión; incluso, en ese momento y posteriormente, me defendió abiertamente; ahora me da las expresiones de afecto y confianza compatibles con su carácter -toda crítica por su parte ha cesado. A pesar de esta feliz distensión, que yo ya no esperaba, soy particularmente vigilante conmigo mismo cuando estamos juntos. Su forma de pensar es tal que es imposible que me comprenda; por otra parte, sería imperdonable que yo no la comprendiera, porque esta larga enfermedad y los cuatro años de psicoanálisis han agudizado enormemente mi percepción de mí mismo y de los demás.

Pasé los últimos meses de agosto y septiembre en Flavigny. No hubo ni un solo incidente doloroso, a pesar de diversas circunstancias desfavorables.

He llegado al punto en que mi comportamiento es independiente de la persona con la que me encuentro; puedo ser de buena gana muy amable con una Hermana que aún no ha domado su agresividad, para facilitarle las cosas y porque es una de las maneras más seguras de purificar el corazón de los afanes egoístas.

También puedo hacer esfuerzos sobre mí misma con una facilidad y una constancia de las que antes no era capaz, y esto se hace con bastante armonía. He probado esto con un cierto número de Hermanas y todo ha ido bien con cada una, incluso con las que sé que todavía están bastante mal dispuestas hacia mí. Estas actitudes de benevolencia o de malicia, más o menos arbitrarias la mayoría de las veces, desempeñan un papel considerable en la vida religiosa y muy a menudo frenan la verdadera caridad e incluso la justicia. He visto muchos más signos de esto durante el verano.

Sólo estoy empezando a recuperar cierta vida emocional y a sentir algunos movimientos afectivos actuales; durante los nueve años de mis obsesiones, sólo sentía las emociones relacionadas con las obsesiones y siempre las mismas, era incapaz de sentir otra cosa. Ahora tengo más o menos los mismos sentimientos y emociones que antes, con la excepción de la alegría que, después de haber desaparecido por completo, ha vuelto, pero en otra parte de mí mismo, y en un lugar diferente.

pero en otra parte de mí mismo, y de forma diferente. La siento sólo espiritualmente y es independiente de las circunstancias de la vida; es como la luz y la armonía de lo que, tal vez, pueda empezar a ser algo más que una caricatura del amor.

Durante mucho tiempo, siguiendo los consejos que recibí, hice muchos propósitos, poniendo siempre el acento en el esfuerzo de la voluntad para conseguir tal o cual resultado, y los resultados fueron lamentables.

Ahora es diferente: veo ciertas cosas como infinitamente deseables y me dejo atraer hacia ellas, despertando y dirigiendo todos mis recursos para ayudar a que se hagan realidad.

En cuanto a la caridad, he descubierto que comienza cuando la otra persona se convierte en un centro para mí y ya no puedo situarme más que en relación con ese centro, como un rayo que va hacia su foco. Creo que ésa es la actitud fundamental de lo único que merece llamarse amor, sea cual sea su expresión. Cambia profundamente las actitudes y, en consecuencia, las relaciones.

Desde el psicoanálisis y la desaparición de las obsesiones, también me resulta muy fácil captar el conjunto de componentes que subyacen a mis sentimientos, reacciones, deseos, etc., y poder tomar mis decisiones con lucidez y serenidad.

Del mismo modo, cuando se trata de otras personas, puedo captar fácilmente las razones que subyacen a sus actitudes para tenerlas en cuenta de forma útil y pacífica en nuestras relaciones mutuas.

APÉNDICE 1

CORRESPONDENCIA ÚTIL

Las cartas que siguen arrojan luz sobre el final de las relaciones entre Marie de la Trinité y Lacan. Marie regresó a París en enero de 1956 por consejo del Padre Motte quien, viendo que las elecciones del último Capítulo habían llevado al gobierno de la Congregación a Superiores poco favorables a la Hermana Marie, le aconsejó que se marchara. Con una excedencia por estudios, volvió a París para iniciar los estudios necesarios para su proyecto de ayuda a las monjas.

No volvió a ver a Lacan después de su hospitalización en Bonneval y no tenía ninguna intención de volver a verlo. Sin embargo, para convertirse en terapeuta, debe retomar el contacto con él: es indispensable, le dicen el Dr. Charles Durand y la Dra. Juliette Favez-Boutonier. Siguiendo sus consejos, decide volver a ver a Lacan (el 13 de julio de 1956).

Charles Durand (1910-2001)

Estudió medicina en París. Durante su residencia, conoció a Charles Odier, psiquiatra y psicoanalista suizo muy interesado en cuestiones espirituales. Hizo sus análisis con él. Al finalizar la guerra, aceptó un puesto en Suiza como director de la clínica psiquiátrica de Prangins, donde trabajó de 1946 a 1976, al tiempo que impartía clases en Ginebra.

Charles Durand fue miembro fundador de la AIEMPR (Association Internationale d'Etudes Médico-Psychologiques et Religieuses), dedicada a la búsqueda de relaciones constructivas entre las ciencias humanas y las religiones. En particular, luchó contra las prácticas psiquiátricas abusivas en la URSS, donde el comportamiento que transgredía las normas sociales se equiparaba a la enfermedad mental. En 1977, la URSS fue condenada gracias a su acción.

En el momento de su muerte, la Asociación existía en 10 países: Suiza, Italia, Francia, el Gran Ducado de Luxemburgo, Canadá, España, Argentina, Chile y Bélgica. Charles Durand fue un referente para varias generaciones de médicos, psiquiatras, psicólogos, sociólogos, psicoanalistas y teólogos.

Juliette Favez-Boutonier (1903-1994)

Profesora diplomada de filosofía (1926), ejerció la docencia mientras estudiaba medicina. En 1935 conoce en París a Daniel Lagache. Realiza análisis con René Laforgue. En 1938 defiende su tesis de medicina sobre *la noción de ambivalencia*. En 1945, defiende su tesis de filosofía con Gaston Bachelard sobre *L'Angoisse*, publicada en 1963 por Presses Universitaires de France.

Se formó en psicopatología clínica en Sainte-Anne y fue directora médica de un centro de atención que creó para niños con dificultades de aprendizaje. Fue catedrática de psicología en la Universidad de Estrasburgo, donde sucedió a Daniel Lagache. En 1955 obtuvo la cátedra de psicología general de la Universidad de París. Creó el primer laboratorio de psicología clínica en la Sorbona y lo dirigió hasta su jubilación en 1974. Teorizó la entrevista clínica.

En 1953, junto con su marido, el psicoanalista Georges Favez, Daniel Lagache y Françoise Dolto (a los que se unió más tarde Jacques Lacan), fundó la Société française de psychanalyse, a la que siguió la Association psychanalytique de France en 1964.

1. Carta de Marie de la Trinité al Doctor Charles Durand

Sor Marie de la Trinité 39
rue Jacob, París 6^e

Doctor Durand Rives de
Prangins
Ginebra (SUIZA)

Miércoles 4 de julio de

1956 Doctor,

Deseo agradecerle el tiempo que ha tenido la amabilidad de reservarme durante su reciente visita a París y la atención que ha prestado a las cuestiones que me preocupan y cuya importancia siente usted tan bien.

Durante esta conversación, he querido limitarme a escuchar sus consejos, reservándome el derecho de completar este intercambio de puntos de vista mediante la reflexión - por cierto, usted mismo ha anticipado esta intención al invitarme a escribirle.

En primer lugar, quisiera pedirle a la Dra. J. Renaud que le dé su opinión sobre mi idoneidad personal para el tipo de trabajo que me propongo realizar, ya que ella está en mejores condiciones que nadie para darle una información válida sobre este tema. Tengo la impresión de que ella me conoce mejor que el Dr. Lacan, con quien me psicoalicé pero a quien no veo desde hace más de tres años. Aunque este largo período de psicoanálisis tuvo una influencia innegable en mi recuperación, fue sobre todo después de la cura de sueño que terminó cuando sentí los beneficios y pude reanudar mi actividad normal. Fue poco después de esta cura de sueño cuando conocí al Dr. Renaud, que me ayudó a consolidar mi equilibrio.

En segundo lugar, estoy totalmente de acuerdo en la necesidad de proseguir estudios serios de psicología: ésa es la única razón por la que vine a París, y pienso quedarme el tiempo que haga falta. También es posible que, dada la reserva habitual de las monjas, le haya parecido más ignorante de lo que en realidad soy, aunque sé que aún me queda mucho por aprender.

En cuanto a sus métodos de psicoterapia de grupo de los que me habló, creo que si pudiera, este año, verlos en acción me sería de gran utilidad, incluso si este primer contacto no me bastara para captar plenamente la técnica y sus aplicaciones, al menos me permitiría detectar de primera mano los elementos que podrían utilizarse para la vida religiosa y me estimularía en mis estudios, aunque sólo fuera por una visión más precisa del alcance de mi ignorancia. Por eso sigo teniendo un fuerte deseo de ir a PRANGINS este año, siempre que le sea posible recibirme allí, preferiblemente entre finales de julio y principios de octubre. Sin duda tendría también la ventaja de que usted mismo podría juzgar sobre el terreno cuáles son mis recursos personales, cuál es el mejor uso que se puede hacer de ellos y qué lagunas hay que colmar.

Sírvase aceptar, Doctor, la expresión de mis religiosos y agradecidos sentimientos.

Hna Marie de la Trinité, o.p.

P.D. El Doctor J. Renaud le escribirá en breve.

2. Carta de la Dra. Jacqueline Renaud al Dr. Charles Durand

Dr. J. Renaud
Neuropsiquiatra
9, rue Delambre

5 de julio de 1956

Mi querido colega,

La Madre Marie de la Trinité me ha informado de que le gustaría venir y quedarse en su establecimiento. Creo que sería una experiencia muy fructífera para ella y la felicito por ello.

Su vida religiosa le ha proporcionado una valiosa experiencia humana, y desde enero realiza prácticas en la consulta psicosomática del hospital Vaugirard (Dr. Quarti). Las dotes que está demostrando allí son ciertamente de gran interés y, siempre que continúe sus estudios, es seguro que podrá aportar mucho al conocimiento de los problemas psicológicos.

Le saluda atentamente

Doctor J. Renaud

Doctor Durand Rives de Prangins
Ginebra
SUIZA

3. Carta de Marie de la Trinité al Dr. Charles Durand

Viernes 13 de julio 56

39, rue Jacob - París 6^e

Estimado Dr. Durand

Por fin he decidido concertar una cita con el Dr. Lacan y le he visto esta mañana. Le conté mis planes y el motivo concreto de mi visita.

Me preguntó cómo había evolucionado en los últimos tres años. Le dije que lo que había madurado no era tanto mi pensamiento abstracto como mi comprensión, así como mis reacciones ante las situaciones y las personas, y que lo veía sobre todo en el hecho de que me encontraba muy libre en mi comportamiento y mi conducta personal, teniendo mucho más en cuenta los temperamentos. También me encuentro no sólo completamente libre de obsesiones pasadas, sino también libre de cierta inclinación a crearme otras nuevas por una especie de necesidad enfermiza e incoercible de angustia e infelicidad.

Me dijo que él mismo me encontraba en muy buena forma, pero prefirió no ir más lejos, ya que su valoración de mí a partir de una sola visita le parecía insuficiente; pues, como le escribí, no me había visto desde mi completa recuperación.

Cualquier otra respuesta me habría sorprendido, pues siempre me ha llamado la atención su extrema cautela y circunspección.

En cuanto a sus planes, no le parecen ni impensables ni imposibles. De hecho, está dispuesto a trabajar conmigo para encontrar la mejor manera de llevarlos a cabo tan pronto como regrese a París, es decir, a partir del 17 de septiembre.

El hecho de que considere seriamente estos proyectos y esté dispuesto a trabajar conmigo para ver cómo pueden realizarse me parece que indica su opinión implícita sobre las aptitudes personales y el equilibrio emocional necesarios.

En resumen, la impresión que he sacado de esta visita ha sido de comprensión y aliento, en claro contraste con sus reacciones cuando a veces le hablaba de anteproyectos de este tipo cuando yo aún estaba enfermo -recuerdo estas reacciones con demasiado dolor como para que la aprensión de encontrarle en estas mismas circunstancias no haya pesado en mi lentitud a la hora de decidirme a verle de nuevo.

Cree que toda mi experiencia me pone en condiciones de aportar una contribución útil al servicio de la vida religiosa, a condición, claro está, de que los datos de la experiencia se apoyen en una valiosa formación técnica en la que él está dispuesto a interesarse.

Esta carta completa, pues, la que le escribí el 4 de julio y expresa el mismo deseo, siempre que no sea indiscreta.

Sírvase aceptar, Doctor, la expresión de mi religiosa gratitud por la amabilidad que me ha demostrado.

s. Marie de la
Trinité

4. Carta de la secretaria del Doctor Charles Durand a Marie de la Trinité

Sor Marie de la Trinité 39,
rue Jacob París 6^e

19 de julio de 1956

Querida Hermana

En respuesta a su correspondencia, le informamos que el doctor Charles Durand, en misión para las Naciones Unidas, se encuentra actualmente ausente de Prangins y no se reincorporará a sus funciones hasta el 15 de septiembre.

Le saluda atentamente

Secretario

5. Carta de Marie de la Trinité al Doctor Favez-Boutonier
(½ formato A 4 en papel mecanografiado, 3 páginas)

Sor Marie de la Trinité 39
rue Jacob (6^e)
Litré 02-85

16 de noviembre de
1956

Estimada Señora

Como usted me expresó durante nuestra conversación del 20 de septiembre pasado, he visto varias veces a Monsieur Lacan.

Aunque puede aportar una contribución muy útil a la realización de mis proyectos, quizá incluso insustituible por mi psicoanálisis, me parece insuficiente el punto de vista exclusiva y necesariamente psicoanalítico desde el que me veo llevado a considerar, con él, los problemas que deseo investigar.

Me atrevería a compararlo con el esfuerzo que la mayoría de las monjas realizan en el campo de su perfeccionamiento espiritual, sin haber adquirido un conocimiento básico suficiente de las estructuras y dinamismos psicológicos con los que sus esfuerzos espirituales están incesantemente relacionados y cuyas repercusiones sufren continuamente.

Por esta razón, considero absolutamente imprescindible conocer los aspectos fundamentales de la psicología, y para ello le estaría sumamente agradecida si pudiera orientarme al inicio de este curso escolar en la mejor elección a realizar entre los cursos que sobre esta materia se imparten en la Sorbona.

Creo haberle dicho que mi objetivo es estudiar, desde nuevos ángulos, diversos problemas relativos a la vida espiritual y religiosa, de los que el propio Monsieur Lacan reconoce que tengo una experiencia particular tanto por lo que yo mismo he vivido como por lo que he observado, en particular a través de los cargos que he ocupado.

Lo que me falta para que esta experiencia sea bien utilizada es una sólida formación psicológica.

Debo decirle que no considero que los consejos que pueda darme le comprometan personalmente a seguir el uso práctico que haré de estos estudios, si de usted dependiera.

Me parece que no dudarías en darme los consejos que actualmente necesito para la orientación de mis estudios, si, como yo, hubieras sido testigo del inmenso trabajo que queda por hacer en el ámbito de la vida religiosa y de los dolorosos prejuicios, a veces verdaderamente trágicos, causados por la ignorancia de los componentes psicológicos que desempeñan allí un papel, como en todas partes, y quizá más que en ninguna otra.

Por modesta que sea mi contribución en este ámbito, creo que no será superflua, sino complementaria del esfuerzo ya muy felizmente emprendido por otros, pero que aún deja mucho terreno por cubrir.

Si tiene alguna duda o recelo sobre mí a causa de la enfermedad que padecí pero de la que estoy completamente curado desde hace algunos años, puede ponerse en contacto con la Dra. Jacqueline Renaud, neuropsiquiatra y asistente del Dr. Klein en los Enfants Malades, 9, rue Delambre.

Antes de caer enferma, durante 8 años fui la maestra de novicias y, al mismo tiempo, 1ª ayudante general. Fue en estrecha colaboración conmigo como la fundadora, la Madre St Jean, formó la Congregación a la que pertenezco: tenía 20 miembros cuando me incorporé, y ahora creo que nos acercamos a los 500. La Madre St Jean siempre ha tenido la mayor confianza en mí, y creo que he desempeñado estas funciones, así como otras varias, a satisfacción de todos, ya que varios Capítulos Generales sucesivos han decidido mantenerme en ellos. La actual Priora General y 3 de sus consejeras se encontraban entre las novicias que formé.

Le ruego acepte, Señora, la expresión de mis sentimientos religiosos.

Sor Marie de la Trinité

6. Carta del Dr. Favez-Boutonier a Marie de la Trinité

UNIVERSITÉ DE PARIS
FACULTE
DES LETTRES

París, 23 de noviembre de 1956

Estimada Señora

Recibí su carta y pude hablar con el Dr. Lacan sobre la pregunta que me hizo.

Ahora bien, como tal vez le haya dicho él mismo, nos parece, o al menos a mí, que la tarea para la que se prepara y que le atrae es extremadamente especial, y que tal vez sea difícil darle las garantías de formación que desearía. Porque, como usted mismo dice, las soluciones a estos problemas se encuentran a menudo en niveles muy diferentes, y algunos de ellos están completamente fuera de la competencia oficial del psicoanalista o del psicólogo. Por lo tanto, corresponde a las personas que trabajan con usted, y que pueden comprobar por sí mismas la eficacia de su trabajo, evaluar con usted lo que puede o no tener éxito en la tarea que está llevando a cabo.

Por lo que se refiere a su formación psicológica propiamente dicha, me pregunto si no le sería útil dejarse aconsejar por personas más familiarizadas que yo con los problemas que plantean los religiosos y las religiosas.

Evidentemente, puedo verle y hablarle de los cursos que se imparten este año en la Sorbona. Pero, en mi opinión, sólo encontrará lo que busca a distancia.

Creo que también me has dicho que no puedes prepararte para los exámenes de la universidad, y que ese no era tu objetivo. Y sin embargo, la función principal de los cursos es preparar para estos exámenes, que son un paso necesario para los que siguen la vía ordinaria. Así que no veo muy bien a qué nivel se puede emprender esta formación.

En cualquier caso, atiendo a los alumnos todos los viernes de 17.00 a 18.30 en el despacho del profesor, en el anfiteatro Michelet de la Sorbona. Si quieres venir a hablar conmigo entonces, quizá pueda darte algunos consejos realmente prácticos.

Atentamente etc....

Sra. Favez-Boutonier

ANEXO 2

LISTA DE PSIQUIATRAS Y PSICOANALISTAS CONSULTADOS POR MARIE DE LA TRINITÉ

Doctor LARGEAU, París: en junio de 1945 en el Hospital del Perpétuel-Secours (Levallois) y en noviembre de 1945.

Doctor Charles-Henri NODET, Bourg-en-Bresse: 1ª consulta en noviembre de 1945 - tratamiento de 1947 a 1949; correspondencia del 28 de noviembre de 1945 al 30 de noviembre de 1979.

Doctor Louis PARCHEMINEY, París: tratamiento en 1946 y 1949 Doctor

Jean-Louis COURCHET, París: tratamiento en julio de 1949 Doctor

Charles ODIER, París-Lausanne: consultado en 1949

Joseph GÉRAUD, Lyon, (sulpiciano y médico, experto del Santo Oficio): consultado en 1949

Doctores René LAFORGUE y Marc SCHLUMBERGER, París: consultados en 1949

Doctor Daniel LAGACHE, París: consultado en 1950 y 1952

Doctor Henri EY, París-Bonneval: consultado en 1950 y 1952; tratado en Bonneval en marzo-abril de 1953, visitado de nuevo en 1956

Doctor Jacques LACAN, París: analizado del 30 de marzo de 1950 a diciembre de 1952; visto de nuevo en julio de 1956; siguió los estudios de Marie de la Trinité hasta 1957.

Dr. Marcel MONTASSUT, París: consultado el 13 de octubre de 1952 Dr.

VIDART, París: consultado en noviembre de 1952

Louis BEIRNAERT, París, (jesuita y psicoanalista): consultado en 1953

Docteur Jacqueline RENAUD, París: siguió a Marie de la Trinité de octubre de 1953 a

1958 Docteur Charles DURAND, Suiza: se reunió en París en julio de 1956

Dra. Juliette FAVEZ-BOUTONIER, París-Sorbona: consultó en 1956.